

**ARMANDO NIETO
VÉLEZ S.J.,
Francisco del
Castillo, el Apóstol
de Lima.
Lima: Pontificia
Universidad Católica
del Perú - Fondo
Editorial, 1992,
335 págs.**

Con la publicación del presente libro, el padre Armando Nieto logra cumplir con uno de los requisitos indispensables en las causas de beatificación de un venerable, es decir una biografía siguiendo los modernos criterios historiográficos. De este modo nos presenta a un Francisco del Castillo humano y, por consiguiente, más próximo.

El trabajo del Padre Nieto, cronológicamente hablando, no es el primero que se hace sobre el Venerable. Ya en el siglo XVII, el padre José de Buendía publicaba "la Vida Admirable" del Apóstol y en 1863 el canónigo limeño Pedro García y Sánz daba a conocer su "Vida del Venerable y Apostólico Padre Francisco del Castillo de la Compañía de Jesús". Sin embargo estas obras pertenecen, según Nieto, a lo que se ha venido a llamar la Hagiografía tradicional. Esta escuela se preocupaba por subrayar el aspecto sobrenatural de los biografiados. Así, los diálogos con la divinidad, los raptos místicos, las apariciones diabólicas, son lugares comunes en ellas. Y es que esta escuela pretendía presentarnos vidas ejemplarizantes con un fin moralizador. Tanto Buendía como García y Sánz tienen como objetivo principal incidir en un Castillo con una vida a todas luces excepcional, y en el cumplimiento de esta meta se olvidan del lado humano del Venerable. En 1946, con Rubén Vargas Ugarte, Francisco del Castillo empieza a recibir un tratamiento distinto. El historiador jesuita, impulsado por su reconocida formación académica, investiga en nuevos archivos, presenta documentos antes desconocidos. A pesar de ello, Armando Nieto se lamenta de que en Vargas Ugarte halla aún la impronta de la anterior escuela historiográfica, y coincidiendo con Egaña, opina que el autor ha debido aproximarnos más al personaje histórico antes que mostrarse como un defensor del mismo.

El padre Armando Nieto aborda la presente biografía en condiciones previas muy favorables: ha publicado diversos artículos en revistas especializadas y desde 1988 actúa como Vice-postulador de la causa de Beatificación, labor en la que fue precedido por el P. Vargas Ugarte y por el P. Sánchez-Arjona. Por otro lado, el oficio de historiador comienza a notarse desde las primeras páginas del libro. El primer capítulo es un estado de la cuestión. En él, analiza la bibliografía existente previa a su investigación (labor fundamental del quehacer histórico), señalando sus defectos y tomando de ella lo que su labor crítica le ha indicado como cierto. Además, en el transcurso de la obra, se observa un destacable manejo de las fuentes primarias, revisa los documentos del proceso, las declaraciones de los testigos, la autobiografía del Padre Castillo. Cita documentos provenientes del Archivo Arzobispal de Lima, del Archivo General de la Nación, del Archivo de la Postulación General de la Compañía de Jesús en Roma, del Archivo del Instituto Histórico de la Compañía (también en Roma).

Tarea difícil, como lo reconoce el autor, es realizar la biografía de un personaje que tiene tanta fama de santidad. Esto, porque los documentos contemporáneos tienden a subrayar en él sus dones sobrenaturales. Se olvidan, entonces, de retratarnos al personaje histórico, al hombre de carne y hueso, que tuvo ilusiones y proyectos, que jugó siendo niño, que pudo -por qué no- alguna vez sentir ira. En este libro, el Padre Nieto interroga a sus fuentes y dentro de este interrogatorio hay una línea directriz: mostrar el perfil humano de su biografiado. Así, nos cuenta la anécdota de que a Francisco en su niñez, le cayó un mangle en la cabeza, hecho que lo privó momentáneamente de la conciencia. Siendo niño no tendría porque estar alejado de estos accidentes, tan propios de la vida infantil. De la misma forma, en este esfuerzo por describirnos al ser humano, nos presenta a un Castillo que valoró profundamente la amistad (Antonio Ruiz de Montoya y el Conde de Lemos fueron grandes amigos suyos, al punto que apadrinó a más de un hijo del último), a un estudiante no dotado para los estudios filosóficos, a un "obrero insigne" en cuestiones de caridad. Finalmente, utilizando los informes reservados de la Compañía de Jesús nos aproxima a la configuración de la personalidad de Castillo.

Sin embargo esta forma de estudiar al personaje en ningún caso supone que se silencien los hechos extraordinarios de los que fue partícipe el Apóstol. No en vano esta biografía pretende servir a la causa de la Beatificación del Venerable. Sólo que estos hechos son mirados con prudencia y la atribución de milagrosos, el autor, la deja al juicio de la Iglesia. No obstante cita los que su crítica documental le ha señalado como más significativos.

La redacción del libro es amena y clara. Este tipo de redacción logra envolver al lector, el cual pasa rápidamente de la infancia del Venerable a los primeros años del sacerdocio, de la amistad con Antonio Ruiz de Montoya a los días del Baratillo, de la relación con el Conde de Lemos a la enfermedad y muerte del Apóstol. No por amena o didáctica, la redacción deja de cumplir con las exigencias metodológicas de la obra científica. Abundan las citas a pie de página, las referencias bibliográficas. Son frecuentes, también, los “excursos” sobre diversos temas.

La investigación biográfica es un recurso bastante utilizado dentro de la disciplina histórica. La biografía pretende que conozcamos más de cerca a un personaje histórico, busca acercarnos a él de modo íntimo, es decir debe informarnos sobre su vida de cada día, sobre aquellos hechos que no necesariamente tuvieron que ser públicos. Ahora bien, una investigación histórica como tal no debe quedar en esta estadio, sino que, a partir del estudio de este personaje, debe lograrse una visión global de la época en la que se desarrolla. A partir, entonces, de la comprensión de un personaje se trata de abarcar todo un periodo histórico. De este modo, en algunos capítulos, el Padre Nieto se sirve de su personaje para contextualizarnos en el siglo XVII peruano. Así, habla de la ocupación de la plaza de Valdivia por parte de los holandeses. O cuando trata de Antonio Ruiz de Montoya lo hace igualmente de las misiones con los indios guaraníes y de las invasiones de los bandeirantes, deteniéndose en la lucha entre éstos y aquéllas por el control territorial. Igualmente puede encontrarse un somero cuadro (no por ello superficial) de la situación de la Compañía de Jesús en el siglo XVII. Por último cuando aborda la misión pastoral del padre Castillo, con los esclavos negros, encontramos reflexiones sobre la esclavitud e importantes cuadros estadísticos acerca de la situación de los africanos en el Perú virreinal.

De otro lado nos presenta la época en la que vivió Castillo como una época en la que abundaba la religiosidad popular (el culto al Cristo de Pachacamilla es un ejemplo notable). En este punto sería conveniente recordar que en el siglo XVII son muy frecuentes los posesos, las falsas beatas, los “desviadores” del dogma católico. Todos ellos actúan como líderes, sus mensajes encuentran gran receptividad y, a pesar de ser procesados -o incluso condenados- por el Tribunal del Santo Oficio, logran ganar fervientes seguidores. Pero, paralelamente, tenemos a las verdaderas beatas y a indiscutibles siervos de Dios. Es el siglo, para el Perú, de Santa Rosa de Lima y de San Martín de Porras. Es un siglo, además, de crisis en diversos órdenes y, precisamente, en él abundan este tipo de expresiones populares. La religiosidad en sus diversas manifestaciones es una muy sugerente entra-

da para ayudarnos a comprender las “mentalidades” de aquella Lima virreinal.

En todo caso el texto que estamos reseñando contribuye en gran medida a la comprensión de este personaje en su dimensión humana, ligado a su entorno. La presente biografía es la primera que se realiza sobre Castillo, siguiendo los actuales lineamientos historiográficos en lo que a la heurística y crítica se refiere, por ello nos presenta a un apóstol que a medida que transcurren las páginas lo vamos sintiendo más humano, más familiar. El Padre Armando Nieto con la publicación del presente texto, además de las diversas enseñanzas referidas a la vida y obra de su biografiado, nos deja otra de corte metodológico. El historiador puede sentir simpatía por su objeto de estudio, debe interpretar y no sólo describir, puede acercarse (si se trata de una biografía) -incluso- a la configuración psicológica del personaje analizado. Pero el historiador debe ser también un investigador acucioso, sus hipótesis deben verificarse, aunque sea de manera próxima, y han de estar apoyadas en sus fuentes, las cuales hoy en día pueden ser de diversas índole. Por último un historiador no puede olvidar el contexto. Estas enseñanzas, por elementales que pudieran parecer, deberían estar siempre presentes en los profesionales que se dedican a la Historia, más aún en los que recién comenzamos en este oficio.

Joseph Dager Alva